

I.

“Toda la tierra hablaba la misma lengua y las mismas palabras. Y aconteció que según iban hacia el oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, fabriquemos ladrillos y cozámoslos bien. Y usaron ladrillo en lugar de piedra, y asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta los cielos, y hagámonos un nombre famoso, para que no seamos dispersados sobre la faz de toda la tierra. Y el Señor descendió para ver la ciudad y la torre que habían edificado los hijos de los hombres. Y dijo el Señor: He aquí, son un solo pueblo y todos ellos tienen la misma lengua. Y esto es lo que han comenzado a hacer, y ahora nada de lo que se propongan hacer les será imposible. Vamos, bajemos y allí confundamos su lengua, para que nadie entienda el lenguaje del otro. Así los dispersó el Señor desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso fue llamada Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra; y de allí los dispersó el Señor sobre la faz de toda la tierra.”

-Génesis 11:1-9

Esta historia me ha parecido siempre confusa y quizás un poco inquietante. Me imagino que a ustedes les ha parecido igual. Apareta ser algo positivo: los seres humanos han coincidido en algo, uniéndose a pesar de sus diferencias, para conseguir juntos un gran logro. Pero luego llega Dios como un niño pequeño de mal humor que derriba los bloques, y dispersa y confunde a los edificadores, como si quisiera poner fin a este reto a la supremacía divina. Parece un acto mezquino, y no se parece al Dios que preferimos imaginar. ¿En qué erraron los edificadores? ¿Cuál fue el motivo del castigo de Dios?

Sucede igual como en todas las Escrituras, que la lectura minuciosa desprende capas de belleza y poder que fácilmente nos escapan, y mi captación de ellos se me hizo posible cuando leí este verano un comentario bíblico por el Rabino Ari Lamm. En primer lugar, aunque dice que en toda la tierra se hablaba el mismo idioma, los versículos que preceden inmediatamente dicen todo lo contrario. Los descendientes de Noé se habían dispersado por toda la tierra, y cada cual hablaba su propio idioma. Entonces, ¿cuál es la verdad? Es como si la trama se hubiera volteado repentina e inesperadamente entre un versículo y otro.

Además, las palabras usadas en hebreo sobre la fabricación de ladrillos son las mismas usadas en la descripción de la esclavitud de los israelitas en Egipto, cuando se les obligaba a fabricar ladrillos para construir un imperio opresivo que se imponía y oponía al Dios de la liberación. Eso se hizo a propósito, pues el autor de Génesis desea que se recuerde, al escuchar esa frase, lo sucedido en Egipto.

Las capas y resonancias como esas se siguen viendo más y más. Pero a fin de cuentas, esta historia se trata fundamentalmente del diseño de Dios, que es la diversidad, y de que la uniformidad es la regresión. El Faraón intenta lograr uniformidad falsa al construir, pero Dios permite que la creación desencadene la diversidad.

Por encima de esto, cuando Dios creó por primera vez la humanidad, no les asignó la tarea de construcción sino de jardinería, pues los colocó en Edén para arar, para guardar, para cuidar. No

necesitamos *crear* renombre propio, pues ya *tenemos* nuestro nombre, el cual es Amado.

Nuestro pecado en Babel fue cambiar nuestra vocación de jardineros por la seducción de construir. Dios no intentó pararnos, sino salvarnos, para que volviéramos.

## II.

El 11 de octubre, hace dos semanas, fue el vigésimo aniversario de mi ordenación al diaconado transicional. Solamente me di cuenta cuando me senté para redactar un mensaje para nuestro correo electrónico semanal y me percaté de que era la fiesta de San Felipe el Diácono.

Sinceramente lo sentí en mis entrañas, en parte porque estos hitos nos recuerdan que la vida se va deshilvanando a velocidad vertiginosa, y que estamos aquí para las personas con quienes vivimos, trabajamos y adoramos a Dios durante un tiempo muy corto ypreciado. Pero en parte fue porque durante las dos décadas que llevo sirviendo como persona ordenada (y probablemente por mucho tiempo antes de eso) la iglesia ha llevado básicamente el mismo diálogo. Sentimos ansias por nuestro declive, retorciendo las manos por lo que debemos hacer, trayendo a ponentes elocuentes para que nos tracen un nuevo plan, o nos distraemos con pleitos sobre pequeñeces, echándole la culpa al otro. ¿Cómo vamos a atraer más miembros? ¿Qué haremos con todos nuestros edificios sagrados? Hemos pasado mucho tiempo en la construcción frenética de una torre imaginaria de la iglesia, y yo me he dejado llevar de todo eso. ¡También he encabezado algunos de los esfuerzos a nivel de nuestra denominación Episcopal para lograrlo! Sin embargo, todos han fracasado. Cuando me quedé mirando la pantalla en blanco esa tarde, sentí vergüenza por toda la ansiedad que he invertido en el poco tiempopreciado que me queda.

## III.

Digo francamente que si existiera la solución, se habría encontrado ya. La torre que nos imaginábamos ser en el antaño se ha visto derribada por fuerzas culturales, económicas e históricas que ninguno de nosotros ha provocado y que ninguno podrá parar, sin embargo nos hemos agotado al intentarlo. Hemos creído la mentira de que podremos lograr el renombre de antes al fabricar más ladrillos.

La esperanza más profunda de mi corazón es esta: que para nuestra diócesis, esta asamblea pueda registrar un giro decisivo. No porque hemos descubierto otro gran plan de reconstrucción de la torre, sino porque hemos decidido apartarnos de nuestras ambiciones de edificadores, y regresar al llamado a ser jardineros.

Desde mi perspectiva, puedo visualizar tres opciones. Podemos seguir haciendo lo mismo de la misma manera que en años pasados, y durante ese plazo, nos podremos entretener con los pleitos mezquinos o por pasar la papa caliente de culpa entre la clerecía, el liderato laico, el obispo, el personal diocesano o cualquier otro que se preste para aceptarla. Nos podemos quedar estancados aquí, deshilvanando la bobina y pasando un tiempo divertido y disfuncional al hacerlo.

También podemos simplemente darnos por vencidos y emprender la retirada, alzando la bandera

blanca. ¿Quién nos reprocharía si lo hiciéramos?

Pero, en lugar de aferrarnos desesperadamente o darnos por vencidos, indignados, podemos quedarnos aquí pero *soltarlo todo*. No rendirnos, sino *soltar* los ladrillos pesados que llevamos en las manos, y simplemente jugar todos juntos en la tierra un rato, esperando ver lo que Dios podría cultivar mientras no lo mantengamos alejados con tanta fabricación.

¿Podrá ser este el momento cuando dejamos a un lado la preocupación por construir, y regresamos a la labor de jardinero de la iglesia de Dios por amor a su mundo?

#### IV.

Entonces, ¿qué pasaría si así sucediera? ¿Cómo sería eso? Hay tres cosas que les invito a considerar juntos.

1) Antes que nada, ¿qué pasaría si se invirtiera tiempo cuidando las raíces? Nada crece alto ni ancho, ni tiene fruto, antes de profundizar las raíces. Hace dos años identificamos cuatro prioridades diocesanas: el discipulado, la justicia y la fiel innovación, y la vitalidad de la congregación. La prioridad y piedra angular es el discipulado, pues así Dios nos utiliza para profundizar y agrandar las raíces que darán los frutos de justicia, innovación y vitalidad. Deseo invitarles a todos hoy mismo a pasar por lo menos un año enfocándonos casi exclusivamente en el discipulado, es decir, la plena participación en la vida de Dios mediante nuestra formación consciente, tanto individual como comunal y la de todos con quien nos encontramos, en aprendices de Jesús en las prácticas sencillas de la vida diaria: las oraciones diarias, el estudio bíblico con regularidad, la vida comunal y la cercanía con los pobres y marginados. Les pido que inviten a todos en su comunidad de fe a integrarse a un grupo pequeño comprometido con seguir la vida que Jesús nos mostró. La Iglesia Episcopal ofrece un recurso nuevo y fácil de usar que se denomina “Centrado”, que nos enseña cómo reunirnos en grupos pequeños de discipulado y apoyo para compartir unos con otros y permitir que Dios nos siga formando mientras estemos cuidando de nuestras raíces. Espero que cada miembro de la Iglesia Episcopal en Minnesota se unirá a uno de estos grupos pequeños este año. Centrado es sencillo y fácil de usar, y solo requiere que se unan a un grupo con tres, cuatro o cinco personas más.

¿Nos podríamos reunir en pequeñas comunidades para practicar esos hábitos y profundizar raíces?

2) ¿Qué podría suceder si volviéramos a aprender cómo permitir, consciente y deliberadamente, que Dios nos guíe? Los jardineros solo pueden propiciar las condiciones que permiten el florecimiento. Es la naturaleza, y es Dios, quienes hacen crecer.

Puedo estar aquí ante ustedes como su obispo y decirles, sin temor ni vergüenza, que yo no sé cómo reparar o rescatar a la iglesia. Ni ustedes tampoco saben cómo. Pero las buenas noticias son estas: que reparar y rescatar a la iglesia no nos corresponde, ni a mí ni a ustedes. La iglesia es obra de Dios. Nuestra obra es la de estar en los campos y permitir que Dios cultive los frutos de amor, de esperanza, de reconciliación, de perdón, de paz, de gozo. Podemos aportar las herramientas a nuestro alcance, y cuidar juntos y con empeño esas herramientas, pero si hay brotes o frutos, y cómo y cuánto crecen y maduran, estas cosas están fuera de nuestro control, así

que vale la pena soltar la carga de intentar fabricar o reparar tantos ladrillos más. Si Dios es quien es, de acuerdo a las Escrituras y nosotros mismos, entonces Dios emprenderá con amor el proyecto de la sanación del mundo, con la participación de la iglesia o sin ella, y sin importar cuán pequeña, grande, rica o pobre sea.

¿Podemos soltar la carga de pensar que somos los responsables de forzar el crecimiento de los frutos, y podemos aprender cómo reconocer y seguir el camino que Dios nos prepara?

3) ¿Podemos ayudar a Dios a cultivar una ecología diversa?

La diversidad es el diseño divino, y el anhelo de la uniformidad es una manera de distorsionar la imagen de Dios que se encuentra en nosotros y en todo el mundo. Es así no solo con idiomas, naciones, razas, tribus y culturas, aunque incluye todo eso, sino que se ve también en la manera en que se expresa la Iglesia. Durante los últimos cien años, más o menos, hemos visualizado de una sola manera lo que significa la iglesia local. Se tiene edificio, se tiene al padre, llegan las personas al edificio por una hora cada domingo para recibir la Eucaristía, y se ofrecen programas y servicios que las personas desean o no desean. Aunque ese modelo sí contiene muchos aspectos que brindan ayuda y vida, y no se va a desvanecer, tiende a orientarse más en hacer que las personas se presenten para lo que ofrecemos, y no en ayudar a las personas a ser y actuar como Jesús lo hacía, en sus vidas y en el mundo. Por algún motivo, hemos adquirido la idea de que lo más grande es mejor. Sin embargo, las comunidades pequeñas son las que nos permiten compartir nuestras vidas de verdad. Las comunidades pequeñas son lugares donde nos ayudamos a ser más plenamente aprendices de Jesús. Ese impulso de obligar a cada iglesia a seguir el mismo modelo y de ser grande, es el impulso del Faraón de obligarnos a fabricar ladrillos y edificar Babel.

Para que florezca un jardín o un bosque, necesita afanosamente la diversidad. Las diferentes especies de plantas y animales, tan hermosas y únicas, son literalmente necesarias para su supervivencia. Esto resulta ser verdad tanto en la iglesia como en los bosques al norte de Minnesota. Creo que Dios nos invita en este momento a colaborar para restaurar la plenitud de formas que tiene la Iglesia para congregarse y expresarse.

Muchas veces asumimos que en el futuro habrá menos congregaciones en la diócesis, así que pensamos que nos corresponde redimensionarnos conforme a esa realidad. Pero, ¿qué pasa si eso no es cierto? ¿Qué pasa si en el futuro hay más comunidades de fe de las que hay en la actualidad, pero más de ellas son muy reducidas de tamaño? ¿Qué sucede si Dios nos está alentando a formar grupos de cinco a diez personas que se reúnen en la sala de una casa, o afuera en la belleza de la naturaleza, que rezan juntos mientras van de pesca o de caminata, o después de un partido de fútbol el sábado en la mañana? ¿Qué pasaría si formáramos grupos pequeños labrando la justicia al escuchar y alimentar a nuestros vecinos, o al fomentar diálogos comunitarios sobre el racismo? ¿Qué sucedería si veinte grupos o más se unieran a una de las comunidades tradicionales una vez al mes para celebrar la Eucaristía y compartir historias acerca de las cosas maravillosas que está obrando Dios? ¿Qué pasaría si investigáramos centenares de brotes de ideas sobre cómo conectar al mundo hambriento por el evangelio de amor con ese mismo evangelio, cuando el mundo generalmente no lo encuentra en nuestros lugares tradicionales, y dejarlos en las manos de Dios para que Dios los haga crecer?

El Canónigo Blair Pogue va a formar un grupo entre nosotros durante los próximos meses para comenzar a plasmar y darles forma a estas ideas. ¿Cómo podemos ayudar a Dios a ocasionar un cambio paulatino del centro de gravedad y el panorama de la diócesis a algo más pequeño, y encontrarnos con Dios en el mundo?

No sé si algo de eso va a “funcionar” de alguna manera, o qué pasará, pero ¡sí lo podemos lograr! Es una verdadera opción.

Cultivar nuestras raíces como discípulos, para aprender cómo permitir que Dios nos guíe, y que nos guíe de verdad, y luego unirnos con Dios para cultivar una ecología de diversidad extrema. No podemos controlar lo que podrá suceder, pero podemos labrar e irrigar el terreno, eliminar la maleza y esperar a ver lo que Dios pueda obrar.

## V.

Dios no ha terminado con esta iglesia, y reconozco mi propia naturaleza pecaminosa lo suficiente como para comprender que Dios no ha terminado de trabajar en mí. Y si les parece muy difícil creer que un pequeño avivamiento como el que yo les describo podría suceder, quiero que me acompañen en mi próxima visita a Emmanuel en Alexandria, para que vean cómo en los últimos cuarenta años han provisto con su jardín una despensa de comestibles que ahora alimenta a todo el condado. Se pueden unir a nosotros cuando cuatro generaciones de una familia se posan con alegría para una foto con Big Ole. También pueden estar conmigo frente al tablero de noticias en la Santa Trinidad en International Falls para que vean todas las fotos y recortes de noticias que demuestran cómo se ha unido la comunidad para llenar las brechas existentes con el amor abundante de Dios. Quiero que se sienten con nosotros un viernes por la tarde en otoño en Chatfield, para que ellos les cuenten cómo están escuchando profundamente a sus vecinos, y luego tomar una manejada siguiendo las laderas del Río Root hacia Rushford, y si tienen alguna duda acerca de Dios, se vencerá por siempre al ver en octubre la región geológica denominada Driftless. Pueden ir junto con el Padre Neptalí un fin de semana común y corriente cuando corre de quinceañera en quinceañera y luego al hospital, para celebrar la liturgia el sábado en la noche y luego el domingo por la mañana, para tres generaciones de familias inmigrantes quienes reconocen que Dios vive y es verdadero y bueno. Pueden unirse con los de la Santa Trinidad en St. Paul un domingo por la mañana que siempre le hace a uno sentir como si estuviera envuelto en cobijas cálidas y amorosas en momentos de frío. Pueden sentarse una tarde en el patio de la Iglesia del Calvario a poca distancia de aquí, para ver toda la plenitud de seres humanos que entran y salen, todos en busca de la sanación igual como la muchedumbre que se empujaba para acercarse a tocar a Jesús.

Si quisieran hablar acerca de los privilegios que disfrutaban los obispos, en eso está. ¡Tengo la dicha de verlo todo, todo el tiempo! Quiero que ustedes lo puedan ver también. Este es el momento de la decisión, Minnesota. ¿Vamos a seguir intentando construir, o regresemos al jardín? Haré lo posible por decirle que sí a la invitación de Dios de dejar de construir con ladrillos y volver a aprender a cultivar. De veras espero que se unan a mí, que también digan que sí a esta invitación. El mundo puede ser un gran desierto reseco por tanto sufrimiento, injusticia y dolor. Mientras tanto, Dios tiene tantos deseos de emprender la reforestación del mundo, incluso la iglesia, no con torres impresionantes sino con fruto nutritivo, de amor, de justicia, de gozo. No sabemos lo que podrá pasar. No sabemos lo que nos depara el

futuro. Pero usemos el tiempo que se nos ha dado para abrir camino en el terreno de Dios, para ayudar al mundo entero a ver y conocer las obras inimaginables y buenas que Dios, y solo Dios, puede engendrar.

Se lo presento a ustedes este día veintiocho de octubre, con la esperanza de la sanación de Dios, en la ciudad de Rochester, centro de la sanación del mundo, su compañero agradecido en el camino,

#10



El Reverendísimo Craig W. Loya